

Fernando Pessoa

Antología de Álvaro de Campos

Selección, traducción, introducción y notas
de José Antonio Llardent
Edición al cuidado de Mario Hernández



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1987

Tercera edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la selección, traducción y notas: Herederos de José Antonio Llardent, 1987, 2008, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-072-5

Depósito legal: M. 24.430-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Vida, sombra y obra de Álvaro de Campos

29 Advertencia del traductor

Poemas fechados

- 35 El primer poema de Álvaro de Campos
- 40/41 [1] Opiário/Opiario
- 57 [2] Oda triunfal
- 68 [3] Dos fragmentos de odas
- 74 [4] Oda marítima
- 118 [5] Saludo a Walt Whitman
- 129 [6] Paso de las horas
- 153 [7] La casa blanca velero negro
- 157 [8] *Lisbon revisited* (1923)
- 159 [9] [Si te quieres matar, ¿por qué no te quieres matar?]
- 163 [10] *Lisbon revisited* (1926)
- 166 [11] [En las plazas del porvenir –tal vez las mismas que las nuestras]
- 168 [12] Estanco
- 177 [13] Escrito en un libro abandonado en viaje
- 178 [14] Apostilla
- 181 [15] Demogorgon
- 182 [16] Aplazamiento
- 184 [17] [Maestro, ¡mi maestro querido!]

Índice

- 187 [18] [En la noche terrible, sustancia natural de todas las noches]
- 189 [19] [Al volante del Chévrolet por la carretera de Sintra]
- 192 [20] Nubes
- 194 [21] [¡Ah, el frescor en la cara de incumplir un deber!]
- 195 [22] *The Times*
- 196 [23] Gacetilla
- 197 [24] Insomnio
- 200 [25] Azar
- 202 [26] Reticencias
- 204 [27] Apunte
- 206 [28] Aniversario
- 209 [29] [Nunca, por más que viaje, por más que conozca]
- 210 [30] Trapo
- 212 [31] [A través del día de niebla llega un poco de olvido]
- 213 [32] [Grandes son los desiertos, y todo es desierto]
- 216 [33] [Tengo un gran resfriado]
- 217 [34] [Sí, soy yo, ese yo que ha resultado de todo]
- 219 [35] Ah, un soneto...
- 220 [36] Realidad
- 222 [37] [Y el esplendor de los mapas, camino abstracto hacia la imaginación concreta]
- 223 [38] Psiquetipia (o Psicotipia)
- 225 [39] *Magnificat*
- 226 [40] Pecado original
- 228 [41] Mecnografía
- 230 [42] [Lisboa con sus casas]
- 232 [43] [El domingo iré a las huertas en la persona de otros]
- 233 [44] [Comienza a haber medianoche, a haber sosiego]

Índice

- 234 [45] [Depuse la máscara y me vi en el espejo]
235 [46] [La víspera de no partir nunca]
236 [47] [Lo que hay en mí, sobre todo, es cansancio]
238 [48] [Allí no había electricidad]
240 [49] [No: despacio]
241 [50] [Los antiguos invocaban a las Musas]
242 [51] [Hace más de media hora]
243 [52] [Estoy cansado, claro]
244 [53] [No estoy pensando en nada]
245 [54] [El sueño que desciende sobre mí]
247 [55] [Estoy atontado]
249 [56] [Todas las cartas de amor son]

Poemas sin fechar

- 253 [57] [El binomio de Newton es tan bello como la Venus
de Milo]
254 [58] [Al fin, la mejor manera de viajar es sentir]
259 [59] [Torre de acero de los grandes anhelos]
260 [60] [Tener deberes, ¡qué prolija cosa!]
261 [61] [Me recliné en la silla de cubierta y cerré los
ojos]
263 [62] [Recorre el muelle un bullicio de arribada
próxima]
264 [63] Oda marcial
267 [64] Marinetti, académico
268 [65] [Es que yo, en cuya alma se reflejan]
269 [66] [Empiezo a conocerme. No existo]
270 [67] [Me gustaría que me gustase gustar]
271 [68] Callos a la manera de Oporto
272 [69] [Aun cuando el propio *Teucro duce et auspice*
Teucro]

Índice

- 273 [70] [Se cruzó conmigo, vino a mi encuentro en una calle de la *Baixa*]
- 276 [71] Poema en línea recta
- 278 [72] [Con todo, con todo]
- 280 [73] [¡Vaya, por fin! Y por completo]
- 282 [74] [Ah, donde estoy o donde paso, o donde no estoy ni paso]
- 283 [75] [Ah, ante esta única realidad que es el misterio]
- 286 [76] [No, no es cansancio...]
- 288 [77] *Clearly non-Campos!*
- 289 [78] *Là-bas, je ne sais où...*
- 292 [79] [Ondeando al conjunto ficticio de los cielos estrellados]
- 293 [80] [Frío especial de las mañanas de viaje]
- 294 [81] [Quiero acabar entre rosas porque las amé en la infancia]
- 295 [82] [Al fin de todo, dormir]
- 297 **Ultimátum**
- 321 **Notas a los poemas**
- 331 **Índice de primeros versos**

Vida, sombra y obra de Álvaro de Campos*

Sustitúyete siempre a ti mismo. Tú no eres suficiente para ti.

Haz de tu alma una metafísica, una ética y una estética. Sustituye en ti a Dios, indecorosamente. Es la única actitud realmente religiosa. (Dios está en todas partes, excepto en sí mismo.)

Fernando Pessoa

Fernando Pessoa afirmaba en 1935, unos meses antes de morir, que los heterónimos –voces que oía en su interior, pero de otras *pessoas* [‘personas’] que le habitaban– habían nacido de pronto en «un momento de pura e inesperada inspiración»; concretamente, el 8 de marzo de 1914, cuando contaba veinticinco años de edad. Según su rela-

* La presente noticia biográfica es un resumen de un capítulo del libro *Biografías de Fernando Pessoa*, que José Antonio Llardent tenía en preparación antes de su muerte (1987). Decidió entonces suprimir notas y referencias bibliográficas, que daría en su libro. Vuelve a reproducirse como apareció esta síntesis clásica –e irónica y novelesca y profundamente pessoana– sobre el heterónimo del poeta portugués, con revisión de detalles menores, la mayor parte de los cuales ya dejó cuidadosamente anotados en su ejemplar el propio J. A. Llardent. En 1987 este insigne lusista recibió el Premio Nacional de Traducción por una versión de los *Sonetos* de Antero de Quental y, al año siguiente, el presidente de la República de Portugal le concedió, a título póstumo, el de Oficial da Ordem do Infante Dom Henrique, máxima condecoración para un impulsor extranjero de la cultura portuguesa. (N. del E., 2008.)

to del acontecimiento, aquel día –el «día triunfal» de su vida– se encerró en una habitación y, en un estado cercano al éxtasis, escribió los treinta y tantos poemas de *O guardador de rebanhos*, de Alberto Caeiro; los seis de «Chuva oblíqua», del propio Pessoa; los seis iniciales de las *Odes*, de Ricardo Reis, y, finalmente, «en derivación opuesta a Reis [...], la “Oda triunfal”, de Álvaro de Campos, sin interrupción ni correcciones». Así, pues, en esta mágica jornada habría compuesto alrededor de mil trescientos versos; es decir, un promedio de un verso por minuto durante veinticuatro horas ininterrumpidas. Tan descomunal proeza, a todas luces increíble, sugiere el carácter fabuloso, tal vez sólo válido como símbolo, del anterior relato, ya clásico, de la génesis de los heterónimos; y aconseja la prudente búsqueda de la verdadera historia de Caeiro, Reis y Campos en otros escritos del autor.

Esos textos existen y, frente a la desconfianza que de inmediato suscita el más arriba extractado, ofrecen, por el contrario, las mayores garantías de veracidad. Ello se debe a que, como es bien sabido, Pessoa no fue sólo un poeta genialmente imaginativo, siempre dispuesto a merecer el título de creador de mitos, sino también un observador minucioso, dedicado al análisis de los hechos políticos, sociológicos e históricos; y con una particular atención a la exactitud biográfica, como queda probado por su inacabada historia de la vida del visionario Diogo Pires (un cristiano viejo que, convertido al judaísmo con el nombre de Salomão Molco, se introdujo en las cortes papal e imperial y mantuvo relación con Clemente VII y Carlos V). Este otro Pessoa, biógrafo escrupuloso, es el que nos proporciona los datos auténticos de la vida de

sus heterónimos, hombres verdaderos y no entes de ficción, supuestamente nacidos por obra y gracia de su fantasía durante la jornada del 8 de marzo de 1914. A él hemos recurrido para elaborar la presente noticia de Álvaro de Campos, más prosaica que la crónica del «día triunfal», pero también más fiel a la verdad histórica.

En realidad, Álvaro de Campos vino al mundo el 15 de octubre de 1890 en Tavira, una ciudad costera del extremo meridional de Portugal cercana a la raya fronteriza del Algarve con la provincia de Huelva. No se ha podido precisar hasta ahora la fecha de su muerte, aunque con seguridad no fue anterior al 21 de octubre de 1935, día, mes y año que constan al pie del último poema que dejó datado. Entre estos límites cronológicos transcurren los cuarenta y cinco años de su vida conocida; pero hay indicios, como se verá al final de esta noticia, de que pudo extenderse bastante más allá de tal fecha.

La infancia del poeta transcurre en la ciudad natal, un burgo de ocho mil almas conocido en todo el Algarve como «la villa de las treinta y siete iglesias». Los Campos, una de las familias principales del lugar (con antepasados judeoconvertos, según la genealogía de Mário Saa), vivían en una vieja casona del siglo XVIII, situada probablemente en la alameda de la ribera del Gilão, cerca de la desembocadura del río y del puerto de los pescadores. Los primeros años de Álvaro, niño mimado por un entorno que admiraba su inteligencia y le vaticinaba un gran futuro, tuvieron por escenario la vieja casona y una finca familiar cercana, en tierra de olivos. De esta época recuerda el poeta que ya amaba las rosas y se sentía fascinado por «las cosas navales»: «Quillas, mástiles y

velas, ruedas de timón, cordajes, / chimeneas de vapor, hélices, gavias, gallardetes» fueron los juguetes de su imaginación infantil.

Contaba alrededor de diez años, al filo del cambio de siglo, cuando abandona Tavira y se instala en Lisboa, al cuidado de una anciana tía y de un tío abuelo sacerdote, que ejerce las funciones de tutor educativo. Todo indica que vive separado de sus padres; pero encuentra en el nuevo hogar –el tercer piso de una casa del casco viejo de la capital, no alejada del estuario del Tajo– la prolongación del que había dejado en la villa de las treinta y siete iglesias. Y pese a la ausencia –o tal vez muerte– de sus padres, en la nueva casa y ciudad se siente, como en Tavira, «siempre alegre y siempre contento».

Cursa en Lisboa los cinco años de los dos ciclos del bachillerato y los dos años del curso complementario de Ciencias en un centro de enseñanza estatal, y lo hace con toda regularidad, pese a que más tarde considerase que «siempre había sido mal estudiante». Con el tutor profundiza en los conocimientos de latín, y a él debe que se le despertara «el amor a las cosas clásicas». También estudia intensamente inglés y francés, y en el instituto adquiere rudimentos de alemán. Según el testimonio oral de Eduardo Freitas da Costa, cierto amigo de la familia y primo de Fernando Pessoa, Mário Freitas, estudiante de la Escuela Naval, mantiene interminables conversaciones con Álvaro sobre historia de la navegación, sobre estructura y construcción de buques, sobre sistemas de propulsión, temas que apasionan al adolescente fascinado por el mar. Esta amistad con Mário Freitas –quien tal vez contribuyera a la vocación técnica, hasta ahora inex-

plicada, de nuestro poeta— es un indicio de que Pessoa y Campos ya debían de mantener algún tipo de relación entre sí en la edad adolescente.

Concluye el bachillerato entre 1907 y 1908, y decide marchar a Escocia para estudiar ingeniería naval. Conocemos sumariamente su aspecto físico de entonces gracias a una descripción de Fernando Pessoa: es relativamente alto (1,75 m, frente a 1,73 de Pessoa), delgado, con ligera tendencia a encorvarse, moreno de piel, siempre pálido, cabello liso peinado con raya lateral. Tiene —añade Pessoa en el comentario final— «un vago aspecto de judío portugués». También es un hecho conocido —el poeta insistirá en ello, años adelante— que al abandonar Lisboa concluye su edad dorada: el tiempo, irrepetido, en que vivió rodeado de ternura y en que fue amado.

Se instala en Glasgow antes de cumplir los dieciocho años. La ciudad se halla en el auge de la gran prosperidad hullera y en la época de desarrollo más intenso de su industria naval. En 1908 se matricula en la Facultad de Ingeniería; precisamente en una especialidad, la Náutica, cuya enseñanza había dado fama mundial a la vieja universidad escocesa. En 1912 obtiene el máster en *Naval Architecture and Ocean Engineering*, y poco después es contratado por la dirección de la empresa Forsyth, que le destina a los astilleros de Newcastle-upon-Tyne, en la costa inglesa del mar del Norte. Allí permanece hasta mediados de los años veinte, en que abandona el trabajo en Forsyth para trasladarse a otros astilleros de la costa opuesta, en Barrow-in-Furness. Seguirá en Barrow hasta finales de 1933, en que decide regresar definitivamente a Lisboa.

Estos veinticinco años en Escocia e Inglaterra apenas han legado testimonios documentales, porque la existencia literaria visible de Campos transcurre en Portugal, aunque sepamos, por vía indirecta, que escribió la inmensa mayoría de sus obras en las Islas Británicas. Sólo nos ha llegado la noticia de que tuvo algunas experiencias amorosas que no olvidaría: con Mary, una mujer que le hizo desear la vida de los «matrimonios honestos»; con Freddie, un joven rubio y blanco a quien llamaba *Baby*; con cierto innominado muchacho de York, que le había hecho conocer «horas muy felices»; quizá también con «una muchacha, por decirlo así», que resultó ser un alumno de la *High School* de Barrow. Pero ignoramos la formación humanística recibida en las islas, las lecturas literarias y el momento en que comienza a cultivar la poesía. De esta época inicial sólo se conservan dos sonetos escritos en 1913, probablemente en Newcastle, que acusan una acentuada dependencia de la escritura de Fernando Pessoa. Y ello sugiere que nuestro ingeniero —«ingeniero metafísico», según la definición de Antonio Tabucchi— habría dado los primeros pasos en poesía de la mano de Pessoa, previa transmisión por éste, como en tales casos resulta inevitable, de sus conocimientos y gustos estéticos. Conviene tener en cuenta que Campos, por entonces ingeniero de los astilleros Forsyth, viajaba con frecuencia a Lisboa, aunque sólo fuera para estancias breves, y no parece arriesgado suponer que en tales ocasiones recibiera la influencia de su amigo y, al parecer, mentor literario.

Campos no sólo se desplaza a Portugal desde su llegada a Glasgow, en 1908; a partir de la obtención del más-

ter, o tal vez antes de 1912, recorre varios países del continente y se familiariza con las grandes capitales europeas. Por su aspecto se advierte –y el poeta ingeniero pretende que se advierta– que es un portugués «educado en el extranjero». Tiene el aire cosmopolita de cliente de los hoteles de lujo, pasajero habitual de cabina de primera en los trasatlánticos y de *single* en los coches-cama. Fuma opio y es aficionado a los *cocktails*. Viste chaquetas «exageradamente ceñidas», cuida hasta la exageración el nudo de la corbata, usa monóculo. Es un *dandy* pendiente de los *vient-de-paraitre* de Plon, que recibe regularmente el *Mercur de France*, le interesan especialmente Verhaeren y la condesa de Noailles y, por encima de todo, los manifestos futuristas.

En diciembre de 1913, recién cumplidos los veintitrés años, emprende un viaje a Oriente –el más largo de su vida–, en el que conoce la India y China. Todo indica que disfruta de fortuna personal, sin duda heredada. Lleva una vida más dispendiosa que la mayoría de los ingenieros navales recién graduados, pero, como le ocurría a Blaise Cendrars, quizá su fortuna consistiera en tener todo lo que, en verdad, no deseaba.

En marzo de 1914 regresa del crucero a Oriente. Al pasar por el canal de Suez, convencido de la inutilidad de cambiar de paisajes sin cambiarse a sí mismo, escribe «Opiario», el poema que señala su entrada en la literatura. Ya es amigo de Sá-Carneiro, cuya presencia en el poema no se limita únicamente a la dedicatoria. Ciertamente conoce también al círculo de jóvenes escritores y artistas que rodean a Fernando Pessoa: además de Sá-Carneiro y Santa Rita Pintor (casi siempre en París), Armando Côr-

tes-Rodrigues, António Ferro, Almada Negreiros, Alfredo Pedro Guisado (gallego que escribe en portugués), José Pacheco, Rodríguez Castañé (pintor e ilustrador valenciano, afincado definitivamente en Lisboa), Rui Coelho, Ponce de Leão. Forman una tertulia heterogénea, en la que empieza a hablarse de la necesidad de una revista abierta a las nuevas corrientes estéticas europeas. Fernando Pessoa pretende dar cierta unidad teórica al proyecto, y elabora sucesivamente las bases del paulismo (llevar el neosimbolismo a sus últimas consecuencias), del interseccionismo (reunir distintos planos de la sensación o el sentimiento en un mismo poema) y del sensacionismo (abandonar el principio aristotélico de Belleza y adoptar el de Materia y Fuerza; convertir la sensación en el medio fundamental de percibir el mundo y expresarla sin supeditarse a limitaciones de forma ni prejuicios de escuela). Álvaro de Campos, en Inglaterra, sigue con atención la labor de su amigo Fernando. Entre tanto éste, en abril, ha dado a luz los heterónimos que protagonizarán el llamado «drama en personas»: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y el propio Campos. Caeiro se revela de inmediato como el maestro del «sencionismo puro», mientras que Reis y Campos se declaran sus discípulos y seguidores, si bien con las diferencias debidas a la personalidad y formación cultural de cada uno. Pessoa acepta también el magisterio de Caeiro, pero, más tímido, permanece de momento, sin grandes variaciones, en el paulismo, aunque adoptando de vez en cuando la técnica interseccionista. Es el momento triunfal de todos, y no sólo de Pessoa, como éste pretendería más tarde, en un exceso de egocentrismo. La llegada de Caeiro,

junto al reciente descubrimiento de Walt Whitman y el interés por las propuestas de Marinetti, va a determinar la poesía del llamado primer Campos. La presencia del norteamericano es tan intensa que nuestro ingeniero metafísico se considera «un Whitman con un poeta griego dentro»¹.

En junio de 1914 se encuentra en Londres, tal vez en comisión de servicio o quizá de visita a sus conocidos de la capital, entre los que figura «una extraña Cecily», admiradora de sus poemas, con la que por entonces debió de mantener relación asidua. Durante esta estancia escribe «Oda triunfal», que envía en seguida a Pessoa y que éste hace llegar a Sá-Carneiro, todavía en París. «Es la obra cumbre del futurismo, aunque no sea pura, escolarmen-te futurista», afirma Sá-Carneiro, cada día más decidido a lanzar una revista que revele al público los nuevos valores portugueses. La idea toma cuerpo y en octubre em-piezan a reunirse en la cervecería Jansen los primeros in-teresados. Álvaro de Campos, ya en Newcastle, promete colaboración; ha concluido «Dos fragmentos de odas» y pronto dará comienzo a «Oda marítima». Sá-Carneiro, que ha dejado París poco después de estallar la Primera Guerra Mundial, impulsa el proyecto y en febrero de

1. En Campos resulta, además, perceptible la preocupación por la renovación del lenguaje poético. Respecto a Pessoa y a Ricardo Reis le distancia su relativa despreocupación por la estructura gramatical y conceptual correctas, aunque nunca llega a romper con el discurso lógico, pese a las audacias de las *paroliberi* puestas en juego intersec-cionalmente en «Paso de las horas». Según Pessoa, escribe un portu-gués «aceptable», aunque de vez en cuando «con lapsus, como el de decir “yo propio” [giro habitual en el portugués coloquial] en lugar de “yo mismo”».

1915 todo queda a punto: Sá-Carneiro asume gran parte de la financiación de la revista, que, editada por António Ferro, se llamará *Orpheu*, será trimestral y tendrá dos directores: Luis de Montalvôr, recién llegado a Lisboa tras ocupar un cargo en la Embajada de Río de Janeiro, y Ronald de Carvalho, poeta brasileño amigo de Montalvôr. Confían en que esta fórmula garantice la difusión en los dos países de lengua portuguesa. Todos están convenidos de que se trata de una oportunidad, difícilmente repetible, de darse a conocer antes de que la indiferencia general y el paso de los años les arrincone –dice Almada– «en una vitrina del museo de curiosidades».

A finales de marzo de 1915 se pone a la venta el primer número de *Orpheu*, con cubierta de José Pacheco y colaboraciones de Montalvôr, Sá-Carneiro, R. de Carvalho, Pessoa, Guisado, Almada, Côrtes-Rodrigues y Campos; a mediados de julio sale el segundo, con textos de Angelo de Lima, Sá-Carneiro, Eduardo Guimarães, Raúl Leal, Violante de Cisneiros (Côrtes-Rodrigues), Montalvôr, Pessoa y Campos, y con reproducción de tres óleos de Santa Rita Pintor. La revista, y de un modo especial la colaboración de Álvaro de Campos –«Opiario», «Oda triunfal» y «Oda marítima»–, desencadena el mayor escándalo literario del país desde los tiempos del ataque de Antero de Quental a António Feliciano de Castilho. La prensa se burla de Campos, al que considera impostor, degenerado sin talento, *blagueur* carente de dotes para la poesía, psicópata pacífico, aunque osado. André Brun (un celebrado periodista y autor teatral, hoy olvidado) compara al autor de las odas con el loco de un viejo chiste, que por las noches se creía orinal. A los órficos les di-

vierte la reacción suscitada, que altera durante unos meses –como se habían propuesto, entre otras cosas– la tranquilidad provinciana de los cenáculos literarios, pero procuran que *Orpheu* no quede reducido a esta anécdota; son conscientes, en su mayoría, del significado renovador y del valor literario de numerosas colaboraciones. Envían la revista a escritores y críticos de prestigio, sin resultado. Fernando Pessoa escribe una carta personal a Unamuno, tan atento desde Salamanca a las publicaciones portuguesas, solicitando algún comentario sobre la revista; don Miguel contesta con el silencio.

En pleno escándalo, Álvaro de Campos, probablemente desde su retiro de Newcastle y –según Almada– bajo los efectos del alcohol, da el paso decisivo para empeorar la situación de *Orpheu*: se interna en el terreno político. A comienzos de julio envía una carta al diario *A Capital* donde, a propósito del reciente accidente de tráfico que ha llevado a Afonso Costa (ministro del Gobierno y presidente del Partido Democrático) hasta las puertas de la muerte, escribe: «Sería de mal gusto rechazar [mis] vinculaciones con el futurismo en una hora tan deliciosamente mecánica, en que la Divina Providencia se vale hasta de los tranvías para sus altas enseñanzas». Se produce una reacción unánime, sin distinción de ideologías, a favor de Costa. Sus partidarios invaden una noche el restaurante Irmãos Unidos, donde suelen reunirse los órficos, en busca del autor de la carta, que, naturalmente, se halla ausente. Sá-Carneiro, Guisado, António Ferro y Almada Negreiros envían notas a la prensa desvinculándose de la revista, abjurando del futurismo y condenando a Campos. En este momento sólo permanecen fieles a

nuestro poeta Armando Côrtes-Rodrigues, residente en las Azores, y Fernando Pessoa.

Malherido por estas deserciones y por el suicidio de Sá-Carneiro en París, *Orpheu*, ahora bajo la dirección de Fernando Pessoa, muere de penuria económica en septiembre de 1916, al término de la corrección de pruebas del tercer número (nunca publicado). Campos había entregado el poema «Paso de las horas», escrito en mayo; por razones ignoradas —quizá algunos versos inacabados—, lo retira a última hora y no lo sustituye por otro. Tanto él como Pessoa están profundamente afectados por el suicidio de Sá-Carneiro. Es una pérdida irreparable, no sólo en lo afectivo; también parece decisiva para numerosos proyectos de colaboración entre los tres; uno de ellos, el de dar a conocer a los órficos sensacionistas fuera de Portugal, lo que podría abrirles las puertas de una crítica más comprensiva. Álvaro de Campos, que por aquellos días había iniciado negociaciones en Londres para publicar una antología en inglés de poesía propia, así como de Fernando Pessoa, Sá-Carneiro y Almada, desiste del proyecto cuando ya tenía redactado, incluso, el prólogo del libro. Campos y Pessoa consideran —se deduce claramente de los textos de la época— que es inútil proseguir la lucha: la aventura de *Orpheu* se ha cerrado con un fracaso absoluto².

En el otoño de 1916, a las pocas semanas del hundimiento de *Orpheu*, Álvaro de Campos escribe «La casa

2. Sólo pasado mucho tiempo, desaparecidos los principales protagonistas, resultaría evidente que habían bastado los dos números de la revista para dejar constancia —según Robert Bréchon— de «uno de los momentos excepcionales de la cultura contemporánea».

blanca velero negro»; es la despedida, como poeta, del sensacionismo iniciado casi tres años antes con «Oda triunfal». No volverá a la poesía en los próximos seis años (es erróneo atribuirle las únicas dos piezas de este período, de marzo de 1917: ciertamente se deben a la pluma de Fernando Pessoa). Su «falta de ganas para todo» le lleva a no asistir al acto futurista de abril de 1917 en el teatro República –organizado por Almada y Santa Rita Pintor, con conferencia de Valentine de Saint-Point y lectura de un texto enviado por Marinetti–, donde su presencia, o por lo menos su colaboración escrita, había sido considerada indispensable por los antiguos compañeros de *Orpheu*. Sin embargo, en septiembre accede a publicar en el número único de *Portugal Futurista* el manifiesto «Ultimátum». Tal vez le llevara a ceder el hecho de que los mecenas de la publicación eran, como él, oriundos del Algarve; pero es más probable que aprovechara la oportunidad para cerrar definitivamente la etapa sensacionista con el texto impreso –detestaba las conferencias y los actos públicos– de un documento teórico (la segunda parte del manifiesto). En realidad, «Ultimátum» es el testamento del autor turbulento y provocador de los años de *Orpheu*, ya moribundo en «La casa blanca velero negro». A partir de aquí quedan enterrados, entre otras cosas, el culto a las máquinas y la civilización moderna, «la fraternidad con todas las dinámicas», la trepidación del «férreo rodar cosmopolita». El poeta, aislado en su casa de Newcastle, vive una profunda crisis interior y visita Lisboa con menor frecuencia. En una de las escasas estancias de esta época, en 1920, todavía emprende, no obstante, una experiencia digna,

en cierto modo, de los viejos tiempos: comparte «las veleidades eróticas» –para emplear palabras de David Mourão-Ferreira– de Fernando Pessoa por Ophélia Queiroz, y forma con ellos un curioso triángulo amoroso.

Cuando, pasados seis años, vuelve a escribir poesía, entre finales de 1922 y comienzos de 1923, Campos es un autor olvidado; se le recuerda únicamente por las anécdotas de *Orpheu* y la capacidad de irritar a los «lepidópteros» (es decir, a ‘los biempensantes’, según la jerga órfica). Y este regreso es, en muchos aspectos, otro comienzo. Inaugura la nueva etapa con dos composiciones, «Soneto já antigo» y «Lisbon revisited» (primera versión), que publica de inmediato en *Contemporânea*, revista dirigida por un órfico, José Pacheco. Poco después, también en *Contemporânea*, aparece su carta abierta «De Newcastle-on-Tyne». Por aquellos días manda distribuir en mano, por los cafés de Lisboa, un breve manifiesto suyo, fechado «en Europa» y titulado «Aviso por causa de moral»; es la reacción indignada, aunque en tono irónico, contra un grupo de estudiantes de extrema derecha que exige de la autoridad gubernativa el secuestro de las *Canções* de su amigo António Botto, denunciadas por apología del «vicio uránico». Pasados unos meses colabora en la nueva revista *Athena*, que ha fundado y dirige Fernando Pessoa, con dos notables ensayos: «O que é a Metafísica?» (1924) y «Apontamentos para uma estética não-aristotélica» (1924-1925). El primero, en oposición a las tesis de Pessoa sobre filosofía y arte, suscita una respuesta de Mário Saa, y el segundo, menos polémico, es una extensa y razonada exposición de los principios sensacionistas; en realidad, una teorización que viene a jus-

tificar *a posteriori*, y en cierto modo como complemento doctrinario de «Ultimátum», su poesía de la primera época. Pese a estos esporádicos regresos al pasado –solamente por la vía de la reflexión teórica–, el poeta que resurge con la primera versión de «Lisbon revisited» no es el señalado, indirectamente, en «Ultimátum» o en los «Apontamentos para uma estética não-aristotélica»; en esta composición inicial de la segunda época encontramos a un autor distinto del de las odas: ha renunciado a «vivirlo todo de todas las maneras» y «serlo todo en todo», ajeno a «los delirios marítimos» y «los requerimientos de lo obsceno». El poeta de «Lisbon revisited» sólo desea estar «consigo a solas», mientras aguarda, sin la indiferencia de Caeiro o el sosiego de Reis, «la llegada del Abismo y el Silencio». Y así permanecerá a lo largo de los siete próximos años, ya los últimos antes de entrar, mediado octubre de 1935, en el gran silencio.

A principios de 1928, vencidos dos nuevos períodos de inactividad, Álvaro de Campos escribe «Estanco», probablemente instalado ahora en Barrow-in-Furness. Ha cumplido treinta y seis años y han pasado trece desde el momento estelar de *Orpheu*. En algunos círculos de la nueva generación empieza a hablarse de *Orpheu* y de su fugaz presencia renovadora; el grupo que edita en Coimbra la revista *Presença* descubre a Pessoa, Campos, Caeiro y Reis, y se propone dar a conocer a los cuatro poetas olvidados. João Gaspar Simões, uno de los más jóvenes integrantes del grupo, publica entre 1929 y 1930 tres estudios decisivos (pese a los reparos que hoy se les pueda hacer) sobre la obra pessoana; son las primeras críticas auténticas desde la aparición de Campos en el mundo li-